

Ana María Huarte de Iturbide. Un destino (1824)

JOSÉ MARÍA NAVARRO MÉNDEZ

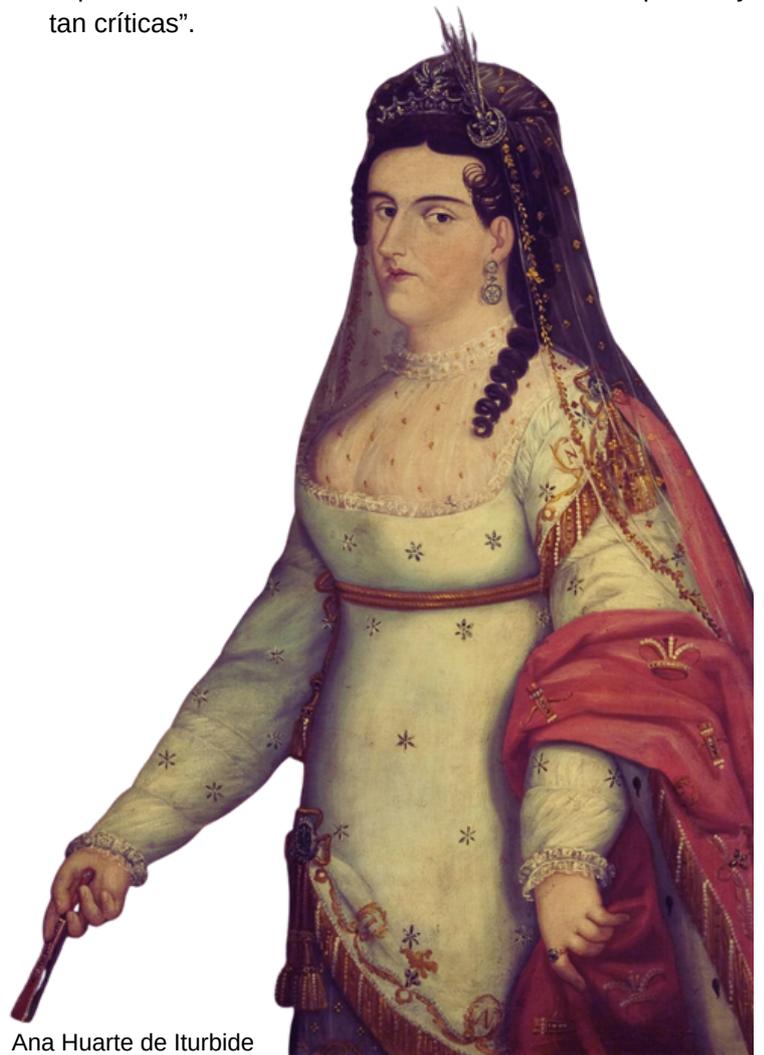
El presente trabajo abordamos el destino de Ana María Huarte de Iturbide tras su retorno al territorio mexicano en 1824, de manera secundaria atendemos los sucesos que giran sobre los últimos momentos de Iturbide. Es importante subrayar que la cercanía de los 200 años del fusilamiento de Agustín de Iturbide y del destierro de la emperatriz, proponen un momento propicio para conocer y entender este episodio histórico, que por demás aconteció en las tierras tamaulipecas.

Lejos quedó el oropel que un año atrás gozaban los emperadores de México. Terminados los banquetes y los bailes, también el recuerdo de los amigos, parientes y conocidos que vitoreaban el nombre de los dos se perdió cuando la pareja zarpó desde Veracruz con destino a su destierro en Italia. Aquel viaje, de poco más de tres meses, sirvió de alguna forma para pensar y repensar lo sucedido; la introspección se apoderó por lo menos de Iturbide quien comenzó a escribir con miras a publicar sus memorias, el tiempo pasaría y los movimientos políticos que permeaban en el viejo continente no les permitieron permanecer por más tiempo en Liorna, con miedos encontrados y ante la suspicacias de un envenenamiento por parte de los cófrades de la Santa Alianza en Europa, Iturbide y su prole decidieron trasladarse a Londres, ello contravino las ordenes de las autoridades mexicanas, que pronto manifestaron su desacuerdo y extendieron la proscripción de Iturbide en México.

El fastidio y el mal humor seguramente se apoderó de Ana Huarte, la imposibilidad de conocer Roma y pasar a la basílica de San Pedro debió ser un gran desaire y peor aún trasladarse a una nación protestante debió fastidiar de sobremanera tanto a ella como a los padres José López y José Treviño, de los pocos amigos que se quedaron con ellos ante los embates políticos. Sin embargo, la seguridad y los nuevos planes de Agustín de Iturbide venían primero, fue que tan pronto como Liorna los conoció, se despidió de ellos.

Una vez estando en Londres, la familia con los pocos recursos que aún mantenían se estableció en el hotel San Pablo y desde allí Iturbide comenzó los preparativos para su retorno a México.

Los preparativos fueron rápidos. Iturbide acostumbraba a poner las cosas de la casa en orden primero que todo, así lo había hecho en México antes de proclamar el Plan de Iguala. A los hijos mayores los inscribió en colegios adecuados; donde pudieran formarse bajo los valores católicos, lo mismo pasó con las hijas que fueron enclaustradas en conventos apropiados para su protección y formación. Se buscó rápidamente la renta de un bergantín donde los enseres restantes de los Iturbide fueran llevados para su traslado a México, y así con unas últimas palabras a Agustín Gerónimo, su padre y su madre, se despedían de ellos: "Vamos a zarparnos, hijo mío Agustín; pero no es fácil calcular el tiempo de nuestra ausencia: ¡tal vez no volvamos a vernos! Esta consideración traspasa el corazón mío y casi aparece mayor mi pesar a la fuerza que debo oponerle; ciertamente, me falta el poder para obrar, o el dolor me consumirá, si no acudiese a los auxilios divinos, únicos capaces de animarme en circunstancias tan exquisitas y tan críticas".



Ana Huarte de Iturbide

En la mañana del 24 de mayo de 1824, desde la costa británica, zarpó el bergantín inglés Spring, en su interior albergaba a Agustín de Iturbide, a su esposa Ana María Huarte, a dos hijos; Felipe y Salvador, a un sobrino; José Malo, a dos curas; a José López y José Treviño. También los acompañaban dos europeos; un polaco de nombre Carlos Beneski, y un italiano de llamado Macario Morandini. El Spring también albergaba un impresor junto con sus instrumentos, dos criados españoles, así como una camarista francesa que atendía exclusivamente a Ana Huarte. Todos ellos viajaban entusiasmados ante las vicisitudes del futuro, un panorama incierto, pero según rezaban las reiteradas epístolas; la nación clamaba la presencia del exemperador y de la exemperatriz para poner orden ante el caos que imperaba en la república.

El viaje tardó alrededor de tres meses en concretarse, una travesía que llegó a las inmediaciones del territorio mexicano, según varios escritos el traslado de Europa a América fue tranquilo, pero las sospechas eran reales, las preguntas seguramente se apoderaron de Ana Huarte y de Agustín Iturbide que con cautela realizó su testamento dentro del barco y a escasos días de llegar a las costas de la conocida Nueva Santander, hoy Tamaulipas.

Tras el desembarco en Soto la Marina y la pronta ubicación de Iturbide por parte de la tropa de Felipe de la Garza, Agustín encontró el rechazo de las autoridades y la proscripción federal que se cernía en sus hombros fue obedecida por la diputación local, la cual había comenzado a sesionar en la villa de Padilla desde el siete de julio de 1824. En esta ocasión el destino no jugó a favor de Iturbide, pues fue fusilado doce días después de haberse promulgado la legítima instalación del Congreso soberano de Tamaulipas. El 19 de julio de aquel año el cuerpo inerte del libertador quedó tumbado en el suelo, luego de que el estruendo del pelotón de fusilamiento se resintió y tras levantarse la cortina de humo que desprendieron los mosquetes.

El 20 de julio, un día después, se le comunicó a Ana María Huarte la fulminante noticia de que su esposo había sido ejecutado y en el cumplimiento de la proscripción, ella y los que le acompañaban quedaban detenidos y bajo la custodia de Felipe de la Garza. Particularmente Ana Huarte y sus hijos se hospedaron en la casa del general, quien con honradez y caballerosidad procuró el cuidado de la viuda de su exjefe, muchos historiadores han afirmado que fue tan honrado su manejo, que pagó las pensiones de los hijos de Iturbide que estaban en la Gran Bretaña.



Desembarco de Iturbide y Ana Huarte en Soto la Marina

Entre tanto, Ana Huarte tenía que dar entierro a su difunto, fue en Padilla donde se llevó a cabo la sepultura, con un hábito franciscano los restos mortales de Iturbide fueron dejados, en el funeral estuvieron presentes el general De la Garza, los miembros del Congreso de Tamaulipas y los militares cercanos lloraban y celebraban el humilde servicio que se le brindó.

Sin embargo, una vez muerto el exemperador había que pensar que hacer con su viuda y sus hijos, ¿qué hacer con la exemperatriz?, acaso ella podría ser símbolo de desavenencias entre las facciones políticas que en México pregonaban la monarquía como forma de gobierno. Lo cierto es que el gobierno federal realmente tenía un temor, pues quizás ante las impotencias, el enojo y las ganas de revanchismo; la señora Huarte de Iturbide pudiera ser una adversaria o un instrumento de las facciones iturbidistas.

Los diputados del congreso nacional para evitar los males que una mujer pudiera atraerles optaron por el pronto destierro a una tierra con valores similares a los mexicanos. La primera propuesta fue Colombia y ante la falta de respuesta de aquel gobierno, se decidió mandarla a los Estados Unidos. El congreso mexicano rápidamente votó el destino de Ana Huarte con el aval de los diputados Ramos Arizpe, José María Izazaga, Carlos María Bustamante, Rafael Mangino, Lorenzo de Zavala, entre otros como Francisco Larrazábal y José María Luis Mora.

El destino de Ana Huarte estaba sellado y sin vuelta de hoja esperó durante dos meses, las últimas inclemencias que México le daría, ya que para septiembre de 1824 los Supremos Poderes nacionales dieron autorización para que la señora abordara el primer buque que arribara al puerto de Soto la Marina, el cual ella rehusó categóricamente ya que en el abundaban enfermos, fue tal la insistencia de la señora Huarte que el general De la Garza mandó a solicitar otra embarcación, una goleta, la cual zarpó desde Soto la Marina con rumbo a los Estados Unidos. Ana Huarte, jamás regresó a México y murió en Filadelfia en 1861 a sus 75 años. El destino o la ambición de su esposo fue tumba que marcó el devenir de la otrora emperatriz de la Anáhuac. El recordarla en este episodio histórico debe poner en balance lo que fue Ana Huarte y lo que fue Agustín de Iturbide, pues debemos observar más allá del uso narrativo oficialista de este pasaje histórico.



Símbolos del Primer Imperio Mexicano